LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 11

¡NIKA Y LOS BUGS QUE SE MULTIPLICABAN!

UN BUG. DOS BUGS. CUATRO BUGS.



Basado en un hecho real completamente ficticio.

¡Nika y los bugs que se multiplicaban!

UN BUG. DOS BUGS. CUATRO BUGS.

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Una cosita



Nika solo quería corregir un bug.

No era un bug peligroso. No borraba datos, no abría portales secretos ni conseguía que un cocedor de huevos gobernase la casa. En el paisaje digital apenas era mayor que una mota de polvo.

Cuando Nika pulsaba «Pausa» en su pequeño programa de música, el icono se desplazaba dos píxeles hacia la izquierda.

Dos píxeles.

Otras personas no lo habrían notado. Algunas lo habrían notado y decidido vivir con ello. Nika lo notó, lo midió y consideró el resultado una ofensa personal.

Eran las veintiuna catorce. Había té sobre su escritorio. Los auriculares descansaban alrededor de su cuello. Fuera, una luna tranquila colgaba sobre Goldhain y en el salón nadie discutía con una impresora.

Nika abrió el archivo correspondiente.

«Cinco minutos», dijo.

El ordenador recibió aquellas palabras como una montaña antigua que escucha a una expedición inexperta prometer que estará de vuelta antes del anochecer.

Nika cambió un solo número.

El icono de pausa saltó al centro.

El control de volumen desapareció.

Nika miró el espacio vacío donde había estado un instante antes.

Después cogió despacio la taza, la dejó fuera de su alcance y dijo: «Ajá».

Así comenzó la noche de la multiplicación.

I. La primera intervención

El control de volumen desaparecido probablemente solo estaba oculto. Nika revisó los ajustes de visualización, buscó una errata y encontró un paréntesis que, después de su cambio, se había quedado solo con aire ofendido.

Colocó el paréntesis en su lugar.

El control volvió.

A cambio, el programa reprodujo cada canción dos veces.

No una después de otra. A la vez. Las dos pistas estaban separadas por medio segundo, de modo que incluso una tranquila pieza de piano parecía perseguida por su propio fantasma.

Nika detuvo la reproducción. El programa siguió tocando.

Volvió a pulsar Detener. Una tercera pista empezó.

Nika se quitó los auriculares.

De ellos salía un piano triple y tenue que, en el silencio de la habitación, sonaba sorprendentemente acusador.

Cerró el programa por completo. La música cesó.

En una hoja escribió:

Error original: icono dos píxeles a la izquierda.

Debajo:

Error nuevo uno: volumen desaparecido.

Error nuevo dos: la reproducción se multiplica.

El problema del volumen ya estaba corregido. Matemáticamente, solo quedaba un problema. Nika encontró tranquilizador aquel balance.

Volvió a abrir el programa.

El icono de pausa estaba tres píxeles demasiado a la derecha.

II. Dos se convierten en cuatro

Nika trabajaba con método. Primero se aseguró de que cada cambio se probara por separado. Después creó una copia de seguridad. A continuación creó una copia de la copia, porque la experiencia era, en esencia, desconfianza con buenos motivos.

Encontró la causa de la doble reproducción: una orden se ejecutaba dos veces. Nika eliminó la segunda llamada.

La música volvió a sonar una sola vez.

La barra de progreso avanzó hacia atrás.

Además, el indicador de tiempo aseguraba que cada canción duraba exactamente noventa y tres horas.

Nika reprodujo un tema de dos minutos. La barra empezó por la derecha y se arrastró con dignidad hacia la izquierda mientras el indicador descontaba desde 93:00:00.

«Ni siquiera sabes qué es el tiempo», dijo.

El ventilador del ordenador aceleró.

Nika corrigió el cálculo temporal. El indicador volvió a ser correcto. A cambio, la letra se hizo diminuta. Corrigió la letra. Entonces la ventana de ajustes se abrió detrás de la principal y se negó a volver a salir.

Cada reparación era un corte limpio. Y de cada corte brotaban dos cabezas nuevas.

Nika dibujó un bicho en la hoja. Después otro. Después cuatro.

A las veintidós horas, la página estaba medio llena.

Se subió las gafas que a veces usaba para trabajar y contempló la lista.

«Bien», dijo. «Entonces será oficial».

Escribió arriba: Incidente 11-B: multiplicación espontánea de bugs.

III. El mapa de la calamidad

Llega un momento en el que una lista deja de bastar. Entonces hace falta un mapa.



Nika pegó notas en la pared. En cada una escribió un error. Unos hilos azules conectaban los errores con los cambios que probablemente los habían causado. Los hilos violetas marcaban hipótesis. Un hilo negro llevaba a un punto que Nika había señalado con una interrogación, porque según todas las reglas conocidas allí no debería haber ocurrido nada.

El bug original de dos píxeles colgaba solo en el centro.

La primera línea iba hasta el control desaparecido. Desde allí, la red se ramificaba: música doble, barra invertida, tiempo erróneo, letra diminuta, ventana invisible, un botón que solo respondía a uno de cada dos clics.

Nika contó.

Había corregido siete errores.

En la pared colgaban once.

La diferencia matemática era una falta de educación.

Probó el programa sin música. Al abrirse, apareció brevemente una pequeña ventana para anunciar que no existía ningún error. Después el programa se cerró de golpe.

Nika añadió otra nota.

A esas alturas, el patrón parecía la ruta de un explorador muy confundido por una cordillera que cambiaba sus montañas después de cada etapa.

En el móvil apareció un mensaje de Lena: ¿Sigues despierta?

Nika fotografió la pared y envió la imagen.

La respuesta de Lena llegó un minuto después.

Reformulo la pregunta: ¿sigues cuerda?

Nika contempló los hilos.

Sin determinar, respondió.

IV. Bajo el escritorio

El siguiente error quizá no fuese del programa. El sonido crepitaba cada vez que Nika movía el cable de carga. Podía ser casualidad. Sin embargo, aquella noche la casualidad ya había aparecido como cómplice.

Nika cogió una linterna y se arrastró bajo el escritorio.

Allí empezaban las montañas de cables.

Estaban formadas por bucles negros, enchufes, adaptadores y un alargador que, durante los últimos meses, al parecer se había atado solo alrededor de una pata. El polvo se acumulaba en los valles. Un clip perdido brillaba como la espada de una expedición derrotada.

Nika siguió el cable de audio. Desapareció tras el ordenador, cruzó el de corriente, reapareció junto a un calcetín y terminó correctamente en su conector.

Tiró con cuidado.

Sobre la mesa sonó el aviso del sistema para un dispositivo recién detectado.

Después otra vez.

Después doce veces seguidas.

Nika se detuvo. En la mano solo tenía el cable. Sin embargo, del ordenador llegaban los sonidos de todo un ejército de dispositivos aproximándose.

Iluminó el enredo. «¿Cuál de vosotros está haciendo eso?»

Los cables no ofrecieron información.

Nika volvió a conectar cada clavija, ordenó las líneas y las fijó con dos cintas. El crepitar desapareció.

Cuando se levantó, el ordenador reconoció los auriculares como una impresora.

Nika cerró los ojos.

Desde el pasillo, Mina gritó: «Si imprime, no me despiertes».

«No imprime».

«Entonces todo va bien».

V. El parche de la esperanza

A las veintitrés veintisiete, Nika escribió un parche que debía eliminar varias causas a la vez. Era un parche elegante. Corto, comprensible, bien comentado. La clase de solución que aparece en los manuales antes de que la realidad le pase por encima.

Nika inició el programa.

El control de volumen estaba allí. El tiempo era correcto. La barra avanzaba. Las ventanas se abrían en su lugar. El icono de pausa ocupaba exactamente el centro.

Nika esperó.

Nada se rompió.

Alzó la taza. El té estaba frío, pero el momento exigía una ceremonia.

Entonces movió el ratón.

El puntero dejó un rastro de pequeñas copias. Diez flechas lo siguieron, después veinte. Se abrieron en abanico por la pantalla como una bandada de pájaros asustados.

Nika dejó de mover el ratón.

Las flechas siguieron moviéndose.

Una pulsó Ajustes por su cuenta. Otra abrió la ayuda. Tres seleccionaron canciones distintas a la vez. El programa empezó a reproducir un tango, una nana y un audiolibro sobre ordenanzas municipales de

aguas residuales.

Nika desconectó el cable del ratón.

Los punteros se detuvieron.

Uno guiñó el ojo.

Nika estaba bastante segura de que solo había sido un fallo de imagen. Aun así, escribió una nota nueva y la pegó en lo más alto de la pared.

El puntero del ratón podría poseer voluntad propia.

Lena llamó. Nika respondió con el altavoz porque, en su estado actual, no quería confiar a los auriculares ninguna responsabilidad adicional.

«¿Cómo va?», preguntó Lena.

Nika miró los punteros congelados. «El parche ha corregido todos los errores anteriores».

«Eso suena bien».

«A cambio, ha creado un grupo de usuarios nuevo».

«¿Cuál?»

«Punteros de ratón».

Lena guardó silencio el tiempo suficiente para que Nika oyera el leve roce de las sábanas. «¿Voy?»

«Todavía no».

Uno de los punteros volvió a moverse y trazó un pequeño círculo alrededor del botón Guardar.

«Tal vez sí», dijo Nika antes de colgar.

VI. La hidra

Poco antes de medianoche, Nika tenía tres opciones.

Primera: cerrarlo todo, restaurar la última versión estable y fingir que nunca había visto los dos píxeles.

Segunda: seguir trabajando hasta que no quedara ningún bug.

Tercera: abandonar la casa y empezar una vida nueva con otro nombre en un lugar sin ordenadores.



La tercera opción era atractiva, pero poco práctica. La primera era sensata. Por eso Nika eligió la segunda.

Se puso los auriculares. No para escuchar música, sino porque los generales de los cuadros antiguos también llevaban algo en la cabeza.

La prueba siguiente mostró dieciséis errores. Algunos eran pequeños: un borde parpadeaba. Otros resultaban enigmáticos: la búsqueda solo encontraba títulos relacionados con un jueves. Uno era casi filosófico: al pulsar «Atrás», el programa preguntaba adónde exactamente.

Nika corrigió el borde. Dos iconos desaparecieron.

Restauró los iconos. El volumen saltó al trescientos por ciento.

Limitó el volumen. El programa reprodujo la música al revés.

Corrigió la dirección. La pantalla se volvió negra y mostró en el centro un pequeño botón de pausa perfectamente alineado.

Nika lo miró fijamente.

El error original estaba derrotado. Todo lo demás yacía en ruinas.

Hizo un recorrido completo por el programa. La biblioteca estaba vacía aunque todos los archivos seguían presentes. La barra de búsqueda solo buscaba entre sus propios resultados y encontraba cada vez más copias de sí misma. El menú Ayuda ofrecía ayuda para el menú Ayuda. Cuando Nika intentó abrir los ajustes de idioma, el programa la saludó con una campanilla amable y después mostró el dibujo de una patata.

Nika no pudo averiguar de dónde había salido la patata. En todo el proyecto no había ningún archivo de imagen de una patata. Lo comprobó dos veces, después una tercera, porque desconfiar del tubérculo

no reducía su existencia.

Fotografió la pantalla como prueba. En la foto no aparecía la patata.

Nika añadió una nota especialmente grande a la pared: Tubérculo sin explicación.

La red de hilos sobre su escritorio había adoptado la forma de un bicho gigantesco. Por puro desafío, Nika le dibujó una corona.

VII. La testigo

Lena apareció en la puerta a las doce y doce. Llevaba albornoz, zapatillas y la expresión de alguien que esperaba encontrar un error pequeño y, en su lugar, había sido convocada ante una catástrofe natural.

Contempló la pared.

«¿Cuántos?»

«¿Activos o históricos?»

«Esa pregunta no tranquiliza».

Nika le enseñó la copia estable. Lena la inició. Todo funcionaba excepto el icono de pausa, desplazado dos píxeles hacia la izquierda.

«¿Este es el punto de partida?»

«Sí».

«¿Y la versión actual?»

Nika la abrió.

La pantalla de inicio apareció boca abajo. Sonó algo parecido a un barco muy pequeño entrando en la niebla. Después el programa preguntó si de verdad quería cerrarse a sí mismo.

Lena leyó la pregunta dos veces. «¿Tiene miedo?»

«Probablemente sea un error de traducción».

«No has cambiado ninguna traducción».

«De ahí el probablemente».

Compararon ambas versiones. Nika explicó cada cambio. Lena escuchó, hizo preguntas concretas y, poco a poco, alejó su silla de la pantalla.

Al final señaló la primera línea de la lista. «¿Qué ocurre si restauras exactamente ese número?»

Nika la miró. «El botón de pausa vuelve a estar dos píxeles a la izquierda».

«¿Y lo demás?»

«Todo funciona».

Lena asintió. «Solo quería asegurarme de que estamos contemplando la misma tragedia».

VIII. La comisión nocturna

Nika se negó a entregar los dos píxeles sin luchar. Lena se negó a aceptar la palabra luchar en aquel contexto.

Fundaron una comisión de investigación formada por dos personas y una taza de té recién hecho. La comisión no debía reparar. Debía comprender.

Volvieron al primer cambio y examinaron cada consecuencia. Así descubrieron que Nika no solo había modificado un número. Al guardar, su editor había ajustado automáticamente el formato de todo un archivo. Habían desaparecido espacios invisibles. Dos órdenes antiguas estaban ahora más juntas y se interpretaban como una unidad.

«Entonces no era el número», dijo Lena.

«Era el entorno del número».

«El paisaje se ha movido».

Nika miró el mapa de la pared. Por primera vez, un hilo seguía una dirección que tenía sentido.

Restauró el archivo original, cambió únicamente el número e impidió cualquier otro ajuste automático.

El icono se desplazó al centro.

El control de volumen permaneció.

La música sonó una sola vez.

Nika y Lena esperaron cinco segundos. Diez. Treinta.

Entonces apareció una ventana de aviso en la esquina inferior derecha. Estaba vacía.

Lena la señaló. «¿Eso estaba antes?»

«No».

La comisión volvió a reunirse.

IX. La ventana vacía

Una ventana de aviso vacía es inofensiva durante una noche normal. Aquella noche era una bandera blanca en el horizonte bajo la que podía avanzar un ejército desconocido.

Nika pulsó sobre ella. Desapareció.

Reinició el programa. La ventana volvió. Vacía, educada, persistente.

Lena quiso saber qué mensaje debía aparecer allí. Nika revisó los registros. El programa comunicaba que el icono de pausa se había cargado correctamente.

«Se felicita a sí mismo», dijo Lena.

«Sin texto».

«Modesto».

Nika eliminó el aviso innecesario. En el siguiente inicio, la ventana no apareció. A cambio, el botón de pausa volvió a estar dos píxeles a la izquierda.

Nadie habló.

Nika comprobó el archivo. El número era correcto. El formato no había cambiado. Todo parecía estar bien.

Lena se inclinó. «¿Y si la ventana forma parte de la alineación?»

Era absurdo. Por eso, aquella noche, probablemente era cierto.

Activaron de nuevo el aviso. El icono saltó al centro. Lo desactivaron. Saltó a la izquierda.

Nika se recostó. «El botón se alinea respecto a una ventana invisible».

«¿Podemos hacer visible la ventana?»

«Entonces tenemos una ventana vacía».

«¿Podemos hacerla más pequeña?»

Nika escribió un tamaño nuevo: cero por cero píxeles.

El programa se cerró de golpe.

X. El origen

A las dos de la madrugada encontraron el origen, pero no estaba en el botón de pausa, en la ventana de aviso ni en los controles de música.

Estaba en un fragmento de código antiguo llamado solución provisional.

La solución tenía cuatro años.

Se había escrito para alinear de forma temporal otro icono. Más tarde, alguien había unido una ventana. Después llegó el volumen, luego el indicador de tiempo y, por último, la reproducción. Durante años, el programa había descansado sobre un pequeño soporte provisional que ya nadie veía.

Nika abrió el historial de cambios. Junto a la línea figuraba su propio nombre.

Lo recordaba vagamente. En aquella época no tenía tiempo. La solución limpia llegaría al día siguiente.

«El día siguiente ha durado cuatro años», dijo Lena.

«Estaba ocupado».

Nika contempló la vieja línea. No era malvada. Tampoco era un monstruo. Solo una comodidad muy pequeña que habían dejado tranquila el tiempo suficiente para echar raíces.

Ahora Nika podía construir más soportes a su alrededor o desenredar toda la estructura con cuidado.

Cogió una nota nueva y escribió tres palabras:

Empezar de nuevo. Bien.

Lena miró la hora. «Voy a hacer café».

XI. La retirada

Una retirada inteligente no es una derrota. Es un movimiento en la dirección donde arde menos terreno.

Nika restauró la última versión estable. De inmediato desaparecieron los punteros fantasma, la música triple, la ventana vacía y la pregunta del programa sobre su propia existencia.

El botón de pausa volvió a estar dos píxeles demasiado a la izquierda.

Nika lo observó sin enfado. Ya no era el enemigo. Era una señal.

Eliminó el soporte de cuatro años. El programa perdió casi todos sus espacios y quedó como si alguien hubiese volcado todos los controles en un cajón.

Lena dejó dos tazas de café. «¿Estaba previsto?»

«Ahora sí».

Nika reconstruyó la distribución. Sin prisa. Sin hacerlo todo a la vez. Una zona después de otra. Tras cada cambio probaba música, volumen, tiempo, ventanas y teclado. Lena tachaba las notas correspondientes de la pared.

La reconstrucción tenía algo tranquilizador. Cada botón recibía su propio lugar, no porque un truco antiguo lo sujetase, sino porque la distribución lo indicaba expresamente. Los espacios no se adivinaban. Las ventanas no se apoyaban en vecinos

invisibles. Incluso el control de volumen parecía aliviado de volver a ocuparse solo del volumen.

En algún momento, Lena se durmió sobre la manta enrollada. Nika continuó trabajando con más silencio. Cuando una prueba salía bien, no dibujaba una marca triunfal, sino un pequeño punto. Aquella noche, las marcas le parecían demasiado seguras de sí mismas.

Cuando Lena despertó, la red de hilos se había convertido en varias líneas sueltas. «Has desmontado al monstruo».

«Nunca fue un monstruo», dijo Nika. «Solo muchísimo pasado en muy poco espacio».

El número de errores dejó de aumentar.

Descendió.

Once. Nueve. Siete.

A las cinco de la mañana solo quedaban tres notas abiertas. Una hablaba de un borde parpadeante. Otra, de un botón demasiado claro. La última era el botón de pausa.

Nika lo movió dos píxeles hacia la derecha.

Nada más se movió.

XII. La última prueba

◇

Lo probaron todo.

Nika reprodujo una canción. Una sola vez. La pausó. El icono permaneció en el centro. Cambió el volumen. El control obedeció y no se presentó como impresora. La barra avanzó. El tiempo estaba formado por minutos creíbles.

Lena abrió los ajustes. La ventana apareció delante. La cerró. Se quedó cerrada.

Nika movió el ratón en círculos. Solo la siguió un puntero.

Desconectó los auriculares y volvió a conectarlos. El ordenador reconoció unos auriculares. Nadie aplaudió, pero ambas consideraron que habría sido apropiado.

Cayó la penúltima nota. Después la última.

La red de hilos siguió en la pared, pero ahora llevaba hasta bichos tachados. Nika había derrotado a la gran criatura coronada del centro con un trazo grueso.

Fuera empezaba a clarear.

Lena se levantó. «¿Cuánto duraron los cinco minutos?»

Nika miró el reloj. «Ocho horas y cuarenta y dos minutos».

«Dentro de lo habitual».

Nika alzó la taza. Lena chocó la suya contra ella.

El parche estaba terminado. El programa era más estable que antes. El botón de pausa ocupaba exactamente su lugar.

Nika sonrió con cansancio.

En la pantalla apareció un aviso diminuto: había una nueva versión del sistema operativo disponible.

Lo cerró sin leerlo.

Final - Un bug

A la tarde siguiente, Nika volvió a abrir el programa.

Todo funcionaba.

Escuchó una canción, la pausó, cambió el volumen y observó la barra de progreso. Ningún parpadeo. Ninguna multiplicación. Ninguna pregunta filosófica.

Mina entró con cacao y contempló la pared llena de notas.

«¿Fue grave?»

«Un bug».

Mina miró la red de hilos, las tazas de café y la manta enrollada sobre la que Lena había acabado durmiéndose. «Claro».

Nika despegó las notas de la pared. Conservó la original. Debajo escribió: Los errores pequeños solo son aventuras que aún no han crecido.

Entonces notó que el icono de pausa no parecía estar del todo centrado.

Lo midió.

Estaba perfecto.



La sombra de un lado era un píxel más ancha que la del otro.

Nika inclinó la cabeza.

El ordenador zumbaba con tranquilidad.

Mina cogió su taza por precaución. «No».

Nika abrió el archivo correspondiente.

Lena despertó. «¿Qué haces?»

«Solo una cosita».

La habitación quedó en silencio.

En algún lugar, muy adentro del programa, un bug diminuto abrió los ojos.